



Diagrama de la consultora Arup. Cuestionamiento del actual sistema aditivo de entender la sostenibilidad y proposición de invertir la importancia de los elementos en juego, devolviendo la primacía a la forma en arquitectura.

Estética y Sostenibilidad: alternativas

Iñaki Abalos

LA SOSTENIBILIDAD SE HA CONVERTIDO EN UNA PALABRA GENÉRICA QUE ABARCA UN INNUMERABLE CAMPO DE ACTIVIDADES, DESDE LA GEOPOLÍTICA AL DISEÑO INDUSTRIAL. SU ORIGEN EN UNA GESTIÓN DE LOS RECURSOS NATURALES QUE PERMITA EL EQUILIBRIO ENTRE PROGRESO Y BIODIVERSIDAD ES DEMASIADO GENÉRICO PARA TENER UNA APLICACIÓN OBJETIVABLE EN EL CAMPO DE LA ARQUITECTURA. EL AUTOR PLANTEA QUE SÓLO SI HAY UNA DISCUSIÓN ESTÉTICA, SI HAY UNA IDEA DE BELLEZA TRAS LA SOSTENIBILIDAD, ÉSTA HABRÁ LLEGADO HASTA AQUÍ PARA QUEDARSE. ES NECESARIO —Y URGENTE— PLANTEAR UN DEBATE CAPAZ DE CENTRARSE EN ESTE TEMA, DE CRUZAR LOS LENGUAJES TÉCNICOS Y LOS CULTURALES A LA BÚSQUEDA DE UNOS ACUERDOS MÍNIMOS, UN SISTEMA CONSENSUADO DE TRABAJAR SOBRE LA SOSTENIBILIDAD, QUE LA HAGA FRUCTÍFERA EN EL PLANO TÉCNICO, EN EL CRÍTICO Y EN EL ESTÉTICO.

PALABRAS CLAVE: SOSTENIBILIDAD; PROYECTO DE ARQUITECTURA; ESTÉTICA MATERIAL HÍBRIDA; *LOW-TECH*; EVANESCENCIA MATERIAL; DIMENSIÓN ECONÓMICA Y GEOPOLÍTICA.

La **sostenibilidad** se ha convertido en una palabra genérica que abarca un innumerable campo de actividades, desde la geopolítica al diseño industrial. Su origen en una gestión de los recursos naturales que permita el equilibrio entre progreso y biodiversidad es demasiado genérico para tener una aplicación objetivable en el campo de la arquitectura. De hecho, muchos la entienden como un canto a las buenas intenciones, que trae a la memoria de los arquitectos el título de la obra de Colín Rowe *La Arquitectura de las Buenas Intenciones* —un alegato contra las actitudes morales en la arquitectura moderna—, en el sentido de abrir la sospecha sobre la naturaleza arquitectónica o meramente retórica —si no mercadotécnica— de la sostenibilidad.

A la vez, el campo de la sostenibilidad arquitectónica ha pasado en muy pocas décadas de ser una proclama que arraigó originalmente en el contexto posthippy, con manifestaciones individualistas y románticas —a menudo inspiradas por Buckminster Fuller, cruzado con distintos pensadores—, a ser un logo liderado por las grandes ingenierías y algunos arquitectos que fomentaron originalmente la arquitectura *hi-tech*. Este desplazamiento ha coincidido no por casualidad con el cambio de actitud de las principales compañías eléctricas y petroleras que desde el año 1973 se ha desplazado paulatina pero persistentemente desde el rechazo frontal hasta el liderazgo en el sector de los productos energéticos y constructivos con aplicación a la escala arquitectónica. El fenómeno ha ido acompañado de un interés creciente social, político y mediático por la sostenibilidad que está transformando, en base a nuevas regulaciones y a la demanda popular y política, las prácticas de los arquitectos, sus propias técnicas proyectuales, hasta ahora más o menos enfocadas en torno a lo técnico y hoy dirigidas a comprensiones *termodinámicas* del objeto proyectual. Una concepción que demanda nuevos expertos, como físicos y ecólogos, y nuevas formas de abordar el proyecto.

Así, la aprobación del Código Técnico de la Edificación implica una modificación importante de las prácticas constructivas y un esfuerzo técnico por parte de los arquitectos y sus consultores, obligados si desean salirse de la estricta convención a reconsiderar las propias formas de trabajo, forzados a sustituir la “experiencia constructiva” por modelizaciones ambientales parametrizadas que implican la irrupción de físicos, ecólogos e ingenieros en el proceso proyectual, como hace unas décadas aparecieron los calculistas de estructuras e instalaciones.

Este desplazamiento desde lo mecánico a lo energético en el coro de expertos que acompaña a la antigua voz solista del arquitecto muestra con precisión el abandono de una concepción moderna de la arquitectura basada en la seriación modular y en la materialidad industrial por una concepción que algunos expertos como Sanford Kwinter no han dudado en denominar “termodinámica”, para describir el abandono del modelo “tectónico” de conocimiento tradicional de la arquitectura y su enseñanza por una nueva concepción/enseñanza “biotécnica”, capaz de dar al arquitecto instrumentos para pensar sus edificios como organismos vivos, entidades con intercambios energéticos permanentes con su entorno, dotados de un ciclo limitado de vida, una idea que a pesar de su tono un tanto mesiánico suscita cierta unanimidad.

Este panorama no sólo implica una positiva transformación del rol del arquitecto y de los conocimientos que requiere su formación en un nuevo contexto cultural —temas de por sí interesantes y urgentes, que demandan una atención que los ambientes académicos, con cierta inercia y escepticismo frente a los cambios técnicos, aún no han desplegado con la intensidad necesaria. También implica una lucha de competencias entre lo que históricamente era la voz solista del arquitecto y el cada vez más ruidoso coro de expertos, azuzados por las compañías y los productores de tecnología medioambiental.

En la década de los 90 se ha consolidado una imagen de la sostenibilidad claramente concentrada en el desarrollo de soluciones inteligentes o activas de cerramiento que combinan sensores y nuevos materiales para componer cerramientos cada vez más complejos y sofisticados, muchas veces —demasiadas— aplicadas a edificios feos, antiguos y mal concebidos. La sostenibilidad de los consultores y algunos arquitectos se ha convertido a los ojos de los demás profesionales, y sobre todo de los estudiantes, en un desfile de *drag-queens hi-tech* que difícilmente estimulan la creatividad. Arup, la ingeniería-consultoría ambiental más grande e internacional, y en cierta medida responsable de este retrato, ha propagado últimamente un diagrama

con dos triángulos en el que se cuestiona radicalmente el futuro de este sistema aditivo de entender la sostenibilidad (+ capas + caras + sofisticadas). Como alternativa, propone una interesante taxonomía de la sostenibilidad, —basada en sistemas activos, sistemas pasivos y forma arquitectónica— y una inversión de la importancia de los elementos en juego en favor de su verdadero trabajo sobre el comportamiento termodinámico en unas condiciones dadas. Es decir, devolviendo la primacía a la forma en arquitectura, una idea que despierta simpatías entre los arquitectos, que ven de nuevo reconocido su papel, así como entre quienes defienden la historia de las tipologías como lección de sostenibilidad en relación a específicas condiciones de evolución técnica.

Palais de Tokio. París. Lacaton y Vassal. Imagen compartida en www.flickr.com por Lisa Cassidy.



El esquema, útil para clasificar y organizar el mapa de la sostenibilidad en arquitectura —y por tanto también para organizar debates sobre el tema—, no tendría mayor relieve si no fuese porque viene a dar la razón a algunos de los pocos arquitectos que han adoptado ópticas lejanas al *hi-tech* para abordar la sostenibilidad, ópticas que se han concentrado en procesos sustractivos en vez de aditivos y en incrementar la performatividad energética con tecnologías muy económicas, *low-tech*, con una clara dimensión social. Algunos, como el estudio francés Lacaton y Vassal, han creado una verdadera marca de identidad, un estilo, que cala entre los estudiantes europeos con mayor profundidad que las propuestas aditivas, a menudo asociadas por ellos a un cierto corporativismo capitalista, contradictorio con el carácter políticamente alternativo que muchos dan a la sostenibilidad.

/1/

Tomo la palabra prestada de los interesantes trabajos de investigación en desarrollo por Sergio López-Piñero

Por otra parte, algunos arquitectos de países fuera del circuito industrial y cultural del primer mundo han conseguido tener voz propia. Arquitectos como Bruno Stagno son ejemplares no solo por la hábil gestión de los recursos naturales y *low-tech* de su arquitectura sino también por haber logrado establecer foros internacionales de discusión que, atendiendo al desplazamiento demográfico y metropolitano hacia el cinturón tropical, propugnan iniciar diálogos Este-Oeste que sustituyan a los sistemas de influencia Norte-Sur de la modernidad, donde el Sur adoptaba siempre el papel de “lo exótico”. Bruno Stagno, director del Instituto Tropical de Arquitectura, establecido en Costa Rica y premio Aga-Kahn, lidera esta toma de conciencia del progresivo protagonismo de los problemas de las metrópolis tropicales y la necesidad de crear una cultura y una estética propias, alejadas del modelo difundido desde “la zona fría”.

Cabría también considerar ciertas actitudes estéticas contemporáneas *ambientalist*as como anticipaciones poéticas de una cultura ambiental integral que daría lugar a un cierto grado cero de la materialidad arquitectónica, una evanescencia material o “blankness” que —pensamos en trabajos como los de Kazuyo Sejima o Philippe Rahm— sin poder en absoluto considerarse técnicamente sostenibles con los parámetros que hoy están disponibles, apuntan hacia la construcción de una consistencia estética no desdeñable para tal idea, una sostenibilidad que, por así decirlo, hace del aire el principal material de construcción.



Glass Center for the Toledo Museum of Art. Toledo, Ohio. Sejima, Nishizawa + Associates/SANAA. Imagen (grande) compartida en www.flickr.com por Christopher Lee. Imágenes pequeñas tomadas desde su móvil por Iñaki Ábalos.

Cabría también preguntarse si esa evanescencia no es un residuo del purismo material moderno, una resistencia a aceptar otras condiciones y otras estéticas materiales asociadas a la sostenibilidad. Es decir, cabe preguntarse si frente al enfrentamiento dialéctico sostenibilidad aditiva versus sostenibilidad sustractiva, el enfrentamiento Norte-Sur versus Este-Oeste, o el enfrentamiento sostenibilidad del frío seco versus sostenibilidad del calor húmedo, no existe un modelo técnico y estético híbrido, de carácter universal, producto de combinar alta tecnología y sistemas constructivos masivos, casi arcaicos: materiales inteligentes capaces de mutar su transparencia en distintas franjas del espectro solar, comunicados e interactuando con partes pasivas de construcción elemental que actúan como almacenes. En definitiva, una estética material híbrida, útil en el primer y el tercer mundo, capaz de reunir la eficacia derivada de la forma arquitectónica, los sistemas pasivos y los activos —los tres elementos del triángulo de Arup— en una nueva combinatoria, un *mestizaje* material acorde con los cambios demográficos contemporáneos.

Por otra parte, son interminables las cuestiones que suscita la sostenibilidad al cambiar un poco de escala, enfocando hacia lo próximo —la esfera del diseño— o la gran escala —la esfera del urbanismo y el paisajismo—, hasta llegar a los conocidos problemas de geopolítica y economía, cuya dimensión los desacuerdos de Kyoto ejemplifican con crudeza.

Desde la perspectiva de la cultura arquitectónica contemporánea, una vez comprobada la actual dispersión de posturas, referencias y casos prácticos, un pensamiento parece crucial para abordar este panorama confuso y esencialmente desatendido por las universidades, al menos en sus implicaciones culturales. El pensamiento es que sólo si hay una discusión estética, si hay una idea de belleza tras la sostenibilidad, ésta habrá llegado hasta aquí para quedarse. Es necesario —y urgente— plantear un debate capaz de centrarse en este tema, de cruzar los lenguajes técnicos y los culturales a la búsqueda de unos acuerdos mínimos, un sistema consensuado de trabajar sobre la sostenibilidad, que la haga fructífera en el plano técnico, en el crítico y en el estético. ●

House dilation. Grizedale, England, 2006, Philippe Rahm architectes.

